

La evolución del sector agroexportador argentino en el largo plazo, 1880-2010

ROY HORA

1. INTRODUCCIÓN

Tras la apertura al comercio atlántico que tuvo lugar después de la ruptura con España, en 1810, el sector rural de exportación se erigió en el motor de la economía argentina. Al comienzo, el crecimiento fue impulsado por la producción ganadera, pero desde las últimas dos décadas del siglo XIX las exportaciones agrícolas adquirieron creciente relevancia. La expansión del cultivo de granos fue muy veloz, y cuando estalló la Gran Guerra había igualado en importancia a la producción ganadera. Desde los años de la Depresión Mundial, sin embargo, el sector agrícola exportador experimentó un sostenido retroceso, que se prolongó por más de tres décadas. Tras ese largo período de declinación, desde la década de 1960 comenzó un ciclo de crecimiento que, acelerado en el último veinteno, se extiende hasta nuestros días.

A la luz de esta evolución, el estudio de la trayectoria de la agricultura de exportación argentina puede dividirse en tres etapas claramente diferenciadas: dos fases de expansión separadas por un período de estancamiento y contracción. El objetivo de este artículo es describir los principales rasgos de cada uno de estas etapas, analizar su dinámica y colo-

Recepción: 2012-01-10 • Revisión: 2012-09-01 • Aceptación: 2012-09-28

Roy Hora es profesor titular del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Quilmes, e Investigador del CONICET. Dirección para correspondencia: España 546 B, Florida (1602) Buenos Aires (Argentina). rhora@unq.edu.ar

car las transformaciones experimentadas por el sector agrícola de exportación en una perspectiva de largo plazo. El trabajo concentra su atención en la producción de granos, la actividad más relevante y más dinámica a lo largo de la etapa en estudio; el resto de las actividades son analizadas de manera muy somera. Para explicar la peculiar trayectoria de la agricultura argentina, el trabajo explora las principales contribuciones que analizan esta temática, prestando especial atención a la situación de los mercados externos, los cambios en la dotación relativa de factores, la política pública hacia el sector, el proceso de cambio tecnológico, el régimen de acceso de la tierra y el comportamiento de los productores.

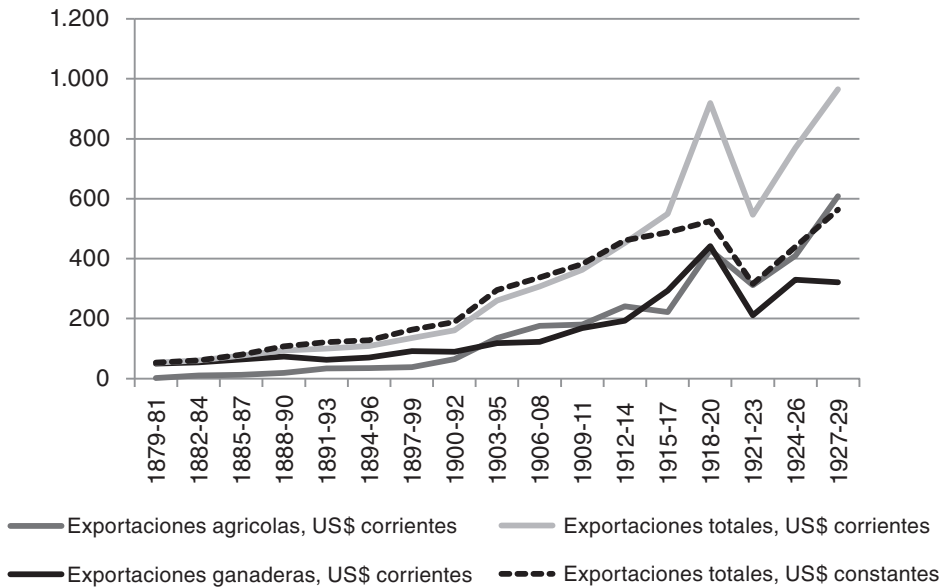
2. AUJE (1880-1930)

En las décadas del paso del siglo XIX al XX, la ganadería pampeana experimentó transformaciones productivas veloces y profundas. Para entonces, el crecimiento de la producción no era una novedad. Tras la apertura comercial que acompañó a la independencia, las exportaciones, casi todas ellas compuestas de productos ganaderos, habían aumentado a un ritmo cercano al 4% anual, bien por encima de la media latinoamericana (Bulmer Thomas, 1994). Desde la década de 1880, sin embargo, el crecimiento se aceleró, a la vez que rubros de más valor unitario adquirieron mayor relevancia. Las exportaciones ganaderas aumentaron en volumen y calidad y se consagraron entre las más competitivas del mundo en lana y, desde el nuevo siglo, también en carnes refrigeradas. Dos factores se combinaron para promover estos cambios. En primer lugar, la incorporación masiva de tierras de frontera, hecha posible por el sometimiento final de los indígenas pampeanos. En segundo lugar, el desarrollo de nuevos sistemas de transporte terrestre y marítimo. Gracias al ferrocarril, los buques de vapor y casco de acero y la tecnología del frío, la producción de carne emergió como la actividad más dinámica de la ganadería pampeana. Para la década de 1920, Argentina era el mayor exportador mundial de este producto (Míguez, 2008; Hora, 2010a).

El empresariado rural desempeñó un papel destacado en este proceso de cambio ganadero. Los grandes estancieros invirtieron en el mejoramiento genético de sus rodeos y en todas las tareas conexas que requería la producción de lana y carne refinada. En pocas décadas, el rebaño ovino, principal fuente de riqueza de la segunda mitad del siglo XIX, se transformó completamente. Entre 1888 y 1893, más de 50 millones de merinos, casi la totalidad del rebaño bonaerense (que en valor representaba más de tres cuartas partes del *stock* nacional), fueron reemplazados por razas productoras de carne y lana (Sabato, 1989). En la ganadería vacuna, que hacia 1900 superó en importancia a la ovina, el mejoramiento genético fue aún más profundo. En esos años, los estancieros pampeanos se convirtieron en los principales importadores mundiales de reproductores (en su

mayoría adquiridos en Gran Bretaña). El porcentaje de vacunos mejorados, que en 1888 sólo alcanzaba al 10% del rodeo en la provincia de Buenos Aires (que representaba más del 70% del valor del rodeo nacional), llegó al 90% en 1908. La mejora genética también se extendió hacia distritos periféricos. Pese a la presión de una demanda interna que crecía impulsada por el aumento de la población y el ingreso (en la región pampeana, el consumo rondaba los 100 kg anuales por habitante), los saldos exportables aumentaron, gracias al crecimiento del rodeo, la mejora genética y el incremento de la productividad por animal faenado (Barsky y Djenderedjian, 2003; Hora, 2001; Sesto, 2005).

GRÁFICO 1
Exportaciones totales, agrícolas y ganaderas, 1879-1929



Fuente: elaboración propia sobre la base de datos de Ferreres (2005). Nota: En todos los gráficos se han utilizado promedios trienales para suavizar las oscilaciones de precios y cantidades. La referencia para el cálculo de los precios constantes es el índice de precios al consumidor de USA.

Hacia 1880, el ganado representaba cerca del 90% de las ventas al exterior. Pese a que el valor de las exportaciones pecuarias se multiplicó por tres en los treinta años posteriores, a fines de la década de 1920 apenas representaban un tercio de las exportaciones. Este retroceso relativo fue resultado del veloz desarrollo de la agricultura, cuyo ascenso significó una verdadera revolución en la canasta de exportaciones. Entre 1888 y 1910, la superficie sembrada con maíz, trigo y lino, los tres principales cultivos de exportación, pasó de 1,6 a 11,8 millones de hectáreas, hasta alcanzar los 18 millones en 1925-29. Entre 1875 y 1929, la tasa de crecimiento del producto agrícola fue superior al 8% anual. Impulsa-

das por la expansión del cultivo, en el lapso de cinco décadas el valor de las exportaciones argentinas (compuestas en más del 90% por productos rurales pampeanos) creció más de diez veces.

Esta expansión se apoyó sobre tres pilares: ferrocarriles, trabajo extranjero y maquinaria agrícola. Las dos grandes oleadas de construcción ferroviaria de los años ochenta y comienzos del siglo XX sembraron de vías la región pampeana y colocaron la inmensa superficie de tierra fértil y extremadamente barata, saqueada a los indígenas en la década de 1870, en condiciones de ser incorporada a la producción. Al mismo tiempo, el arribo de gran número de inmigrantes de ultramar (unos 4,2 millones entre 1880 y 1910) permitió atender la demanda de energía humana generados por la expansión agrícola, de mucho mayor volumen que la de la ganadería (Cortés Conde, 1979; Adelman, 1994; Hora, 2010a).

El desarrollo de los cultivos de exportación, empero, fue algo más que una simple expansión horizontal sobre tierras vírgenes. Requirió un cambio sustantivo en el modo de producción, cuya base fue la introducción generalizada de maquinaria agrícola. Entre 1891 y 1910 los agricultores importaron unas 200.000 segadoras y cosechadoras y más de 11.000 trilladoras (Scobie, 1968: Apéndice). Propietarios y arrendatarios se convirtieron en ávidos consumidores de maquinaria e implementos especialmente diseñados para el cultivo a gran escala, provenientes, en su mayor parte, de los Estados Unidos y Canadá. Al fin de este período, el parque de maquinaria de la agricultura argentina se encontraba no sólo entre los más modernos sino también entre los más intensamente utilizados del mundo (Díaz Alejandro, 1970: 160-161; Adelman, 1994).

Los agricultores dirigieron sus esfuerzos hacia la adquisición de aquellos equipos que les permitían incrementar la superficie en explotación para sacar el mayor provecho posible del bajo costo relativo del suelo, aun a costa de menores rendimientos. Como era habitual en todas las regiones de nuevo poblamiento, el cultivo de granos funcionaba sobre la base del trabajo familiar. En las tareas de cosecha, embolsado y transporte del grano, que debían hacerse en plazos perentorios y requerían una gran movilización de recursos, las fuerzas de la familia agricultora se veían ampliamente superadas. Para la cosecha, los agricultores solían recurrir a la contratación de asalariados que, en los meses de primavera y verano, recorrían los distritos agrícolas de norte a sur siguiendo el proceso de maduración del grano. La cosecha también movilizaba a empresas capitalistas que, por ejemplo en el caso del trigo, operaban máquinas trilladoras muy costosas y cuyo funcionamiento podía demandar una dotación de 25 trabajadores. La emergencia de un sector de contratistas especializado en las tareas de cosecha contribuyó a una veloz mecanización de la recolección y procesamiento del cereal. Ello hizo posible una utilización

más intensiva (y por tanto más eficiente) del *stock* de maquinaria que la predominante en las agriculturas en las que los cultivadores empleaban su propio equipo para recoger el grano (como fue el caso de Canadá) (Adelman, 1994).

La mecanización permitió explotar las particulares condiciones del fértil suelo pampeano, promoviendo un rápido y económico crecimiento de la superficie sembrada. A diferencia de las praderas norteamericanas, en la planicie argentina no había piedras, árboles o grandes accidentes geográficos que dificultaran el desmonte, por lo que el esfuerzo de arar y sembrar los ligeros suelos aluvionales de las tierras vírgenes no resultaba mucho mayor que el de trabajar tierra ya cultivada. Incluso en los territorios de frontera que nunca habían sido explotados, el imperio de los pastos duros (que unas décadas atrás había dificultado la expansión de la ganadería ovina) cayó vencido en apenas uno o dos ciclos agrícolas ante el avance del arado. La benigna geografía pampeana también favoreció el veloz tendido de la red ferroviaria, imprescindible para la expansión del cultivo tierra adentro, pero cuyo costo de instalación y operación fue comparativamente bajo (Cortés Conde, 1979; Hora, 2010a: 166-169). Además de un suelo excepcionalmente fértil y fácil de poner en explotación, la región poseía un clima superior al de sus competidores de la agricultura global. Suave y templado, y con lluvias distribuidas a lo largo del año, el clima de la pampa era mucho más favorable que el de otros países, donde largos meses de frío y nieve acortaban el tiempo disponible para la cosecha y la siembra, elevaban los costos de producción y reducían el rendimiento del cereal. Finalmente, su ubicación en el Hemisferio Sur permitía que la cosecha llegara a los mercados del Norte en contraestación, lo que mejoraba los precios y reducía las necesidades de almacenaje (Hora, 2001: 204-205).

A diferencia de la ganadería, que contaba con un empresariado nativo poderoso, de importancia fundamental en el proceso de cambio ganadero, la expansión agrícola dependió de las destrezas y energías de una población de agricultores compuesta, en casi dos tercios, por extranjeros que arribaron al país con recursos modestos. Diversos estudios han señalado la debilidad económica de estos actores (por ejemplo, Scobie, 1968). Sus fortalezas y capacidad de iniciativa, menos advertidas, también merecen remarcar. Como suele suceder con las comunidades de inmigrantes, estos agricultores eran agentes económicos ambiciosos y motivados, muy dispuestos a sacrificarse y tomar riesgos. Eran, además, bastante educados (al menos más educados que el promedio de los argentinos o de los varones de España e Italia, los dos países que aportaron el grueso del flujo migratorio)¹. El escenario pampeano los colocó antes importantes desafíos. El desarrollo de una

1. Según el censo agropecuario de 1937, al menos el 83% de los productores de la provincia de Buenos Aires se hallaba alfabetizado (no se dispone de datos para otro 8,5%); en Santa Fe, la segunda

agricultura extensiva y especializada, orientada al mercado mundial, dependió crucialmente de su capacidad para poner en práctica técnicas de cultivo muy distintas a las que habían conocido en Europa. Debieron organizar explotaciones de mayor escala que la predominante en la agricultura del Viejo Continente, pero también en la tradición nativa anterior (Djenderedjian, 2008). También tuvieron que aprender a utilizar maquinaria y a sembrar nuevas variedades de semillas (cuya adopción fue de gran importancia, pues las temperaturas de la pampa eran más elevadas que las de sus rivales de la agricultura de exportación).

Si bien se mostraron receptivos para adoptar nuevas máquinas, semillas y técnicas de cultivo, la amplia mayoría de los agricultores no contaban con los recursos para promover la experimentación y el cambio tecnológico. En esta tarea, pues, la acción de las grandes empresas interesadas en la expansión del cultivo (casas importadoras de maquinaria agrícola, ferrocarriles, y exportadoras de granos) resultó crucial. Estos poderosos agentes fueron los principales introductores y difusores de tecnología incorporada y de nuevas variedades de semillas y los que contribuyeron a elevar y estandarizar las prácticas culturales de los agricultores (Scobie, 1968; Hora, 1994). La expansión agrícola fue muy veloz y, en parte por ello, la infraestructura disponible (silos, galpones, material rodante, etc.) siempre resultó insuficiente. Remediar estas deficiencias hubiese requerido enormes inversiones y un considerable esfuerzo, tanto privado como fiscal, de dudosa rentabilidad. En todo caso, en esta etapa estas poderosas empresas desempeñaron un papel más destacado que el Estado en la promoción del cambio productivo y ayudaron a sentar los lineamientos básicos del modelo tecnológico. Y en más de un aspecto, la región se benefició de su ingreso tardío en la era de la agricultura globalizada. En efecto, tanto el cambio ganadero como el agrícola tuvieron lugar cuando las agriculturas de exportación de clima templado del Hemisferio Norte y de Australasia se encontraban más maduras. Así, la agricultura argentina pudo sacar ventaja de casi medio siglo de experiencia acumulada por sus competidores. Sin estas ventajas del atraso, el crecimiento exportador hubiese sido más lento.

Durante el período que se extiende hasta el Centenario, 1910, los cultivadores prefirieron incorporar maquinaria para incrementar el tamaño de sus explotaciones antes que canalizar sus ahorros hacia la adquisición de tierra. Esta opción por la escala antes que por la propiedad contribuyó a definir un rasgo central de la agricultura pampeana (de con-

provincia agrícola del país, el porcentaje era similar. Este nivel de alfabetización es considerablemente más alto que el registrado por los censos nacionales para la población total del país (51,5% en 1914 y 76,7% en 1947). Sobre el nivel de alfabetización de la población migrante proveniente de España e Italia, véase HORA (2010a: 179-180).

secuencias muy importantes en etapas posteriores): el peso del arrendamiento. El sector agrícola conformado en estas décadas comprendía desde pequeñas chacras (explotaciones de agricultura familiar) hasta grandes empresas capitalistas que operaban con trabajo asalariado, que podían o no ser dueñas del suelo que cultivaban. Sin embargo, dentro de un panorama signado por la heterogeneidad, predominaban los emprendimientos familiares que explotaban entre 100 y 400 hectáreas de tierra arrendada. El censo de 1914 revela que algo más de dos tercios de las explotaciones agrícolas de la región pampeana trabajaban sobre tierra ajena, con un máximo del 74% en Santa Fe y un mínimo del 50% en Entre Ríos.

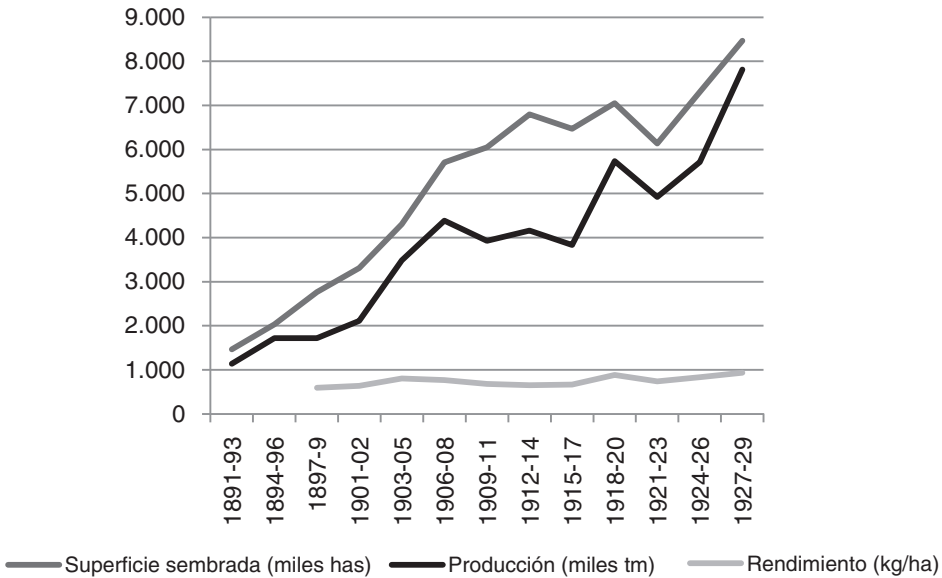
Muchas veces se ha señalado que el arrendamiento tendió a erosionar la posición de los agricultores en el largo plazo. El fuerte aumento del precio del suelo que, acompañando la expansión productiva y la puesta en valor de nuevas tierras, se verificó desde el cambio de siglo, con el paso de los años se fue convirtiendo en una presión cada vez más onerosa sobre el ingreso arrendatario. Sin embargo, para los inmigrantes que conformaban el sector mayoritario de la población agrícola, la cuestión radicaba no tanto en cómo proteger (y en lo posible aumentar) sus ahorros en el largo plazo, sino en cómo utilizar sus recursos —la fuerza de trabajo del agricultor y su grupo familiar, sumados a sus ahorros— para incrementar lo más rápidamente posible su patrimonio y su ingreso. En consecuencia, la renuencia a inmovilizar capital en la compra de una parcela (que no podía ser sino relativamente pequeña) y su preferencia por emplearlo para expandir la escala de la empresa en tierra arrendada parece muy justificada, ya que apuntaba a maximizar las oportunidades de enriquecimiento en el corto y mediano plazo (Adelman, 1994).

Por estos mismos motivos, los agricultores siempre se mostraron poco propensos a invertir en la mejora de la infraestructura de los predios que alquilaban, pues así evitaban distraer recursos en fines que, desde su punto de vista, resultaban improductivos, para en cambio concentrarse en incrementar la superficie en explotación. Para estos chacareros, en su mayoría extranjeros que aspiraban a abandonar el campo luego de algunos años de duro trabajo, el presente importaba bastante más que el futuro lejano (Scobie, 1968: 79). La opción por la escala antes que por la propiedad significó, inevitablemente, una labranza menos cuidadosa, subordinada al imperativo de incrementar la superficie y no el rendimiento. Con frecuencia, los expertos agrícolas denunciaron este comportamiento «especulativo» de los chacareros, con el argumento de que el cultivo extensivo era técnicamente inferior y de que el arrendamiento impedía la construcción de una vida social y cultural más densa en las campañas pampeanas (Halperin Donghi, 1986).

Empero, este lamento contra la agricultura extensiva era en gran medida irrelevante, pues las deficiencias señaladas eran el precio a pagar por la rápida puesta en producción

de una superficie dos veces más extensa que Austria o Hungría. La supervivencia de un régimen de propiedad concentrado y la baja inversión en vivienda e infraestructura (por ejemplo, en árboles, siempre escasos en la planicie), así como la relativa pobreza de la vida social local, fueron producto de la resistencia de muchos grandes propietarios a fraccionar sus propiedades (pues para estos agentes no tenía sentido desprenderse de un activo en vías de valorización) tanto como de las estrategias de los agricultores, para quienes la adquisición de tierra y la inversión en la esfera local no se presentaban como los destinos más atractivos para sus ahorros. Sólo con posterioridad al Centenario los arrendatarios comenzaron a mostrar gran interés en la compra de tierra; para entonces, sin embargo, el incremento del precio del suelo erigía una barrera cada vez más difícil de superar (Adelman, 1994; Hora, 2001).

GRÁFICO 2
Evolución del cultivo de trigo, 1891-1929

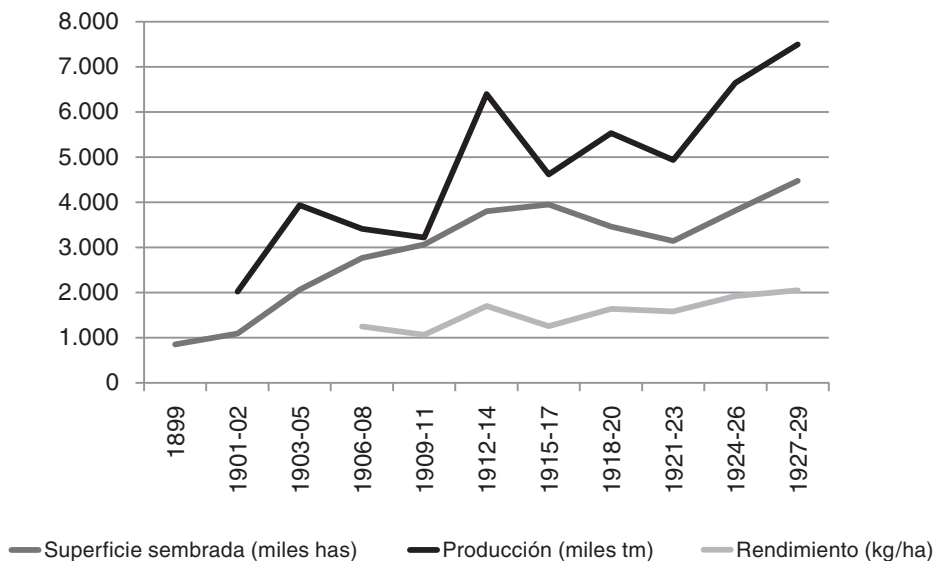


Fuente: Ferreres (2005).

La evolución de las exportaciones agropecuarias testimonia la importancia de las transformaciones productivas que acabamos de reseñar. Entre 1870 y 1930, el valor de las ventas al exterior creció unas trece veces, a una tasa cercana al 5% anual. La expansión dependió crucialmente de la incorporación de nueva tierra, pero también hubo ganancias de productividad. En la ganadería, la mejora se verificó en la calidad de la lana y sobre todo de la carne, una evolución que permitió a Argentina dominar el mercado británico, el principal demandante a nivel global. A diferencia de la ganadería, la agricultura de ex-

portación nació moderna, por lo que no era esperable que experimentara incrementos de productividad muy considerables. Sin embargo, la opción por la extensión fue compatible con la mejora de los rendimientos, que tanto para el trigo como para el maíz (los dos grandes cultivos exportables) resultó superior al 30% en las primeras tres décadas del siglo, período para el cual las estadísticas son relativamente confiables (Gráficos 2 y 3). A fines de la década de 1920, los rendimientos eran similares a los de la agricultura estadounidense (Reca, 2006: 12). Si ello era en parte resultado de la superior fertilidad del suelo pampeano, la relativa paridad de los rendimientos sugiere que las diferencias en el manejo y la tecnología no debían de ser significativas.

GRÁFICO 3
Evolución del cultivo de maíz, 1899-1929

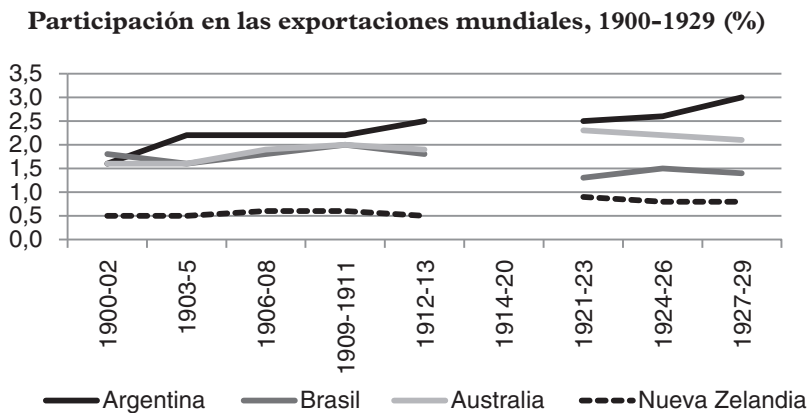


Fuente: Ferreres (2005).

En vísperas de la Gran Guerra, la Argentina se había convertido en el tercer exportador mundial de granos: exportaba más del 50% de su producción de trigo, casi dos tercios de la cosecha de maíz y más del 80% de su lino. El valor *per cápita* de sus ventas externas triplicaba el promedio latinoamericano, superaba al de Canadá y estaba por encima del doble del de Estados Unidos (Bulmer Thomas, 1994: 61 y 69). Hasta finales de la década de 1920, Argentina continuó ganando porciones del mercado para sus tres principales granos (en parte gracias al retroceso que había experimentado la oferta rusa tras la Revolución de Octubre). En esos años, el peso de la oferta argentina como porcentaje de las exportaciones agrícolas mundiales era considerable. En maíz representaban unos dos

tercios, en trigo, un quinto, en lino, cuatro quintos, y en carne, tres quintos de las exportaciones totales de estos productos (Bulmer Thomas, 1994: 168). Gracias a estos logros, la Argentina se había convertido en uno de los países más exportadores del globo: ocupaba el noveno lugar en términos de exportaciones *per cápita*, sólo superado por países más pequeños de Europa y por algunos dominios británicos muy ricos en recursos naturales². Entre las veinte mayores economías, sólo tres tenían una relación mayor entre exportaciones y producto bruto. En el medio siglo anterior a 1930, la participación argentina en las exportaciones mundiales se duplicó y además creció más rápido que en los demás países latinoamericanos y que en sus principales competidores de la agricultura templada de exportación (Gráfico 4). Este desempeño se revela más notable si recordamos que en ese período también creció con fuerza la demanda interna de alimentos: los saldos exportables experimentaron la presión de una población que entre 1880 y 1930 no sólo creció unas cuatro veces sino que también triplicó su ingreso *per cápita*.

GRÁFICO 4



Fuente: World Trade Organization (1962). (http://unstats.un.org/unsd/trade/imts/historical_data.htm)

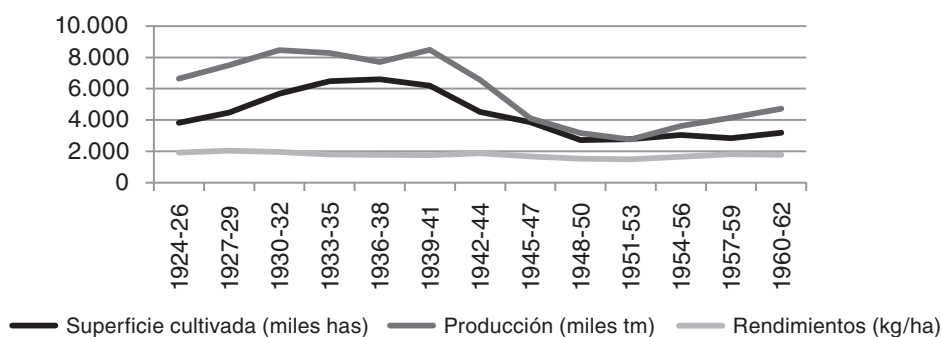
3. TIEMPOS DE DIFICULTADES (1930-1960)

En los treinta años posteriores a la Gran Depresión, el sector exportador experimentó un franco retroceso, que contrasta con el dinamismo del medio siglo previo. Tras una expansión tan veloz, en gran medida impulsada por la incorporación de tierra y el desarrollo del sistema de transporte, cierta desaceleración era quizás inevitable. Después de 1930, sin embargo, se produjo un verdadero derrumbe. La ganadería ingresó en una etapa de

2. Dinamarca, Bélgica, Holanda, Suiza y Suecia, por una parte, y Canadá, Australia y Nueva Zelandia, por la otra. Al respecto, LLACH (2006: 9).

lento crecimiento y su producción fue reclamada en proporciones cada vez mayores por el consumo interno. En las décadas de 1920 y 1930, la exportación absorbía más del 40% de la faena de vacunos; desde entonces, el saldo exportable cayó por debajo del 25% (Reca, 2006: 24). Entre 1929 y 1960, las ventas al mercado británico, el principal destino de la carne argentina, se redujeron a la mitad. La caída más pronunciada, sin embargo, se verificó en la agricultura. Los cultivos de las regiones extrapampeanas (azúcar, vino, frutales, cítricos, yerba y algodón, se cuentan entre los más relevantes), en su mayor parte destinados al mercado interno, crecieron a una tasa cercana al 3% anual (Reca, 2006: 29). La producción exportable, sin embargo, se contrajo abruptamente. La principal caída se produjo en maíz, que descendió en términos absolutos, tanto en lo que se refiere a superficie sembrada como a rendimiento y volumen cosechado (Gráfico 5). El trigo también se retrajo, aunque de forma menos dramática (Gráfico 6). El lino, el tercer rubro en importancia, prácticamente dejó de exportarse en la década de 1950. El crecimiento de nuevos cultivos no logró compensar este retroceso, como lo pone de relieve el hecho de que entre 1930-34 y 1950-54, la superficie total plantada con granos se contrajo alrededor de un quinto. Acompañando el crecimiento de la población, la demanda interna de alimentos ejerció presión sobre la oferta de granos, contrayendo los saldos exportables (Gráfico 7).

GRÁFICO 5
Evolución del cultivo de maíz, 1924-1962



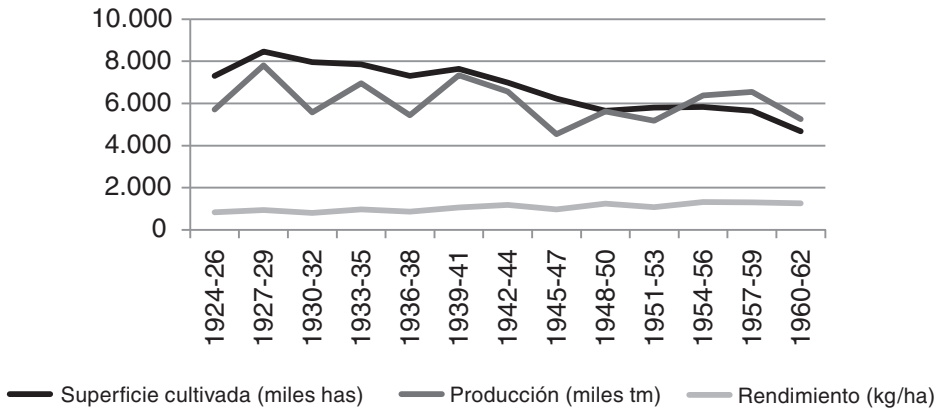
Fuente: Ferreres (2005).

En valores constantes, en el curso de esos treinta años las exportaciones de origen rural nunca superaron el pico de 1928 y para fin del período apenas igualaban las cifras de mediados de la década de 1920. Sólo los elevados precios del fin de la Segunda Guerra Mundial revirtieron temporarily este deterioro (Gráfico 8). Medidas en volumen, las exportaciones sólo alcanzaron la marca de 1929 en 1966, luego de haberse contraído casi un 50% en la primera mitad de la década de 1950 (Llach, 2006: 10). El volumen de las

exportaciones de trigo (el producto insignia de la agricultura argentina) del trienio 1927-29 no fue superado hasta comienzos de la década de 1980. Este retroceso se revela más profundo si las exportaciones se estiman en relación a la población, como porcentaje del PBI o de las exportaciones mundiales, tanto agrícolas como totales. En síntesis, cualquiera que sea el indicador elegido (valor, volumen, o participación en el mercado mundial), durante la vida de una generación, el sector rural argentino siguió una trayectoria a todas luces insatisfactoria (Barsky, 1998a; Llach, 2006).

GRÁFICO 6

Evolución del cultivo de trigo, 1924-1962 (miles tm)

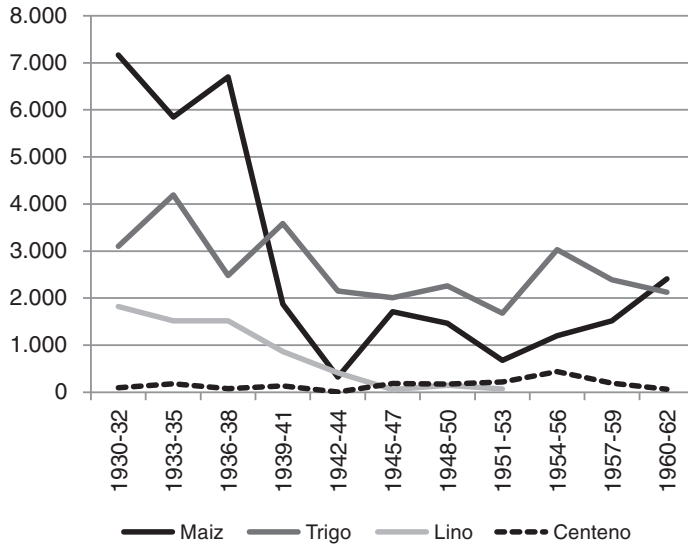


Fuente: Ferreres (2005).

El «estancamiento» de la producción exportable ha suscitado un intenso debate y constituye un capítulo central en todas las narrativas sobre el declive económico (y en algunos casos el declive en sentido amplio) argentino. Las explicaciones del fenómeno giran en torno a tres ejes. Algunos autores sugieren que los problemas del sector fueron resultado de la defectuosa estructura de propiedad heredada del período anterior, que incidió negativamente sobre el comportamiento y las capacidades de los productores. A esta explicación denominada «estructuralista» se opone otra línea de indagación que coloca el acento en las políticas públicas dirigidas al sector y, en particular, en las políticas que «castigaron al campo» desde mediados de la década de 1940. Finalmente, una tercera vertiente interpretativa enfatiza la pérdida de dinamismo de los mercados para las exportaciones argentinas en el período posterior a la Gran Depresión (Barsky 1998a; Cadenazzi, 2012).

GRÁFICO 7

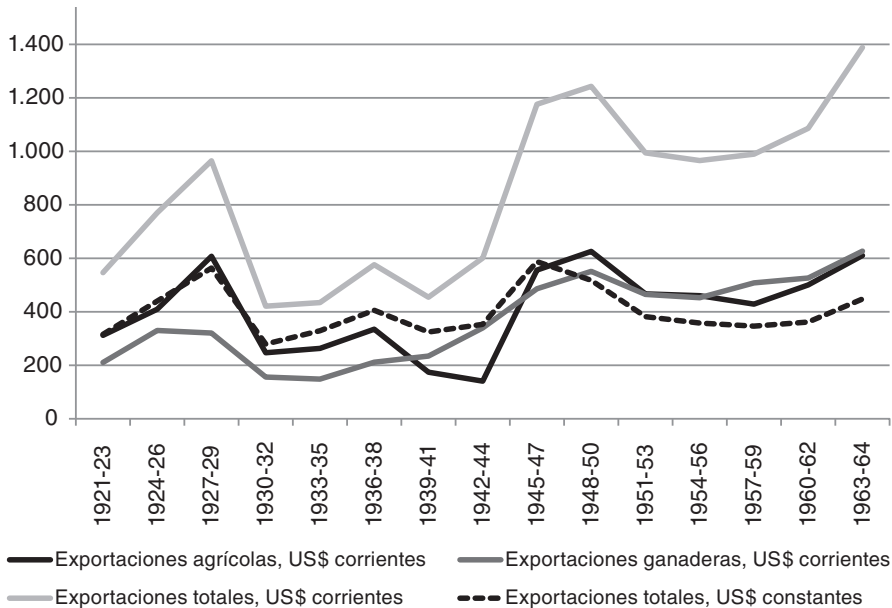
Principales exportaciones agrícolas, 1930-1962 (miles tm)



Fuente: Ferreres (2005).

GRÁFICO 8

Valor de las exportaciones totales, agrícolas y ganaderas, 1921-1964



Fuente: Ferreres (2005).

Las explicaciones monocausales del estancamiento agrícola resultan, todas ellas, de un alcance acotado. Más que identificar la causa última del problema, es necesario evaluar la importancia relativa de cada uno de estos tres factores y explorar de qué manera interactuaron entre sí. Antes de avanzar en este ejercicio, es importante recordar que el contexto más amplio en que tuvo lugar el retroceso de la producción exportable estuvo signado por el cierre de la frontera agrícola. Hasta la década de 1920, la incorporación de tierras constituyó el principal motor de la expansión exportadora. Sin embargo, este patrón de crecimiento no podía prolongarse más allá de cierto punto. En vísperas de la Gran Guerra, ya se había alcanzado la ocupación plena de las tierras aptas para la producción de granos y carne con la tecnología entonces disponible. La agricultura creció en la década de 1920, pero ocupando tierras que tenían uso ganadero (liberadas para el cultivo tras la gran contracción del mercado de carnes de 1921-1923). Con toda la tierra disponible en explotación, el crecimiento de la producción pasó a depender del incremento de la productividad de los factores de producción. Y con ello la introducción de tecnología y la adopción de formas superiores de organización productiva adquirieron una importancia más considerable.

Esa transición hacia una agricultura menos dependiente de la abundancia y baratura del factor tierra, sin embargo, no se produjo en circunstancias «normales» (esto es, en un escenario caracterizado por la expansión sostenida de la demanda de productos agrícolas de clima templado, como había sucedido en el medio siglo previo). En efecto, el agotamiento de la reserva de tierra libre coincidió con el inicio de un prolongado período de profundas alteraciones en los mercados externos. En el curso de los siguientes treinta años, tres eventos exógenos impactaron sobre el sector rural: la Gran Depresión, la Segunda Guerra Mundial y el alza del proteccionismo agrícola de la posguerra. Como consecuencia de estos fenómenos, los mercados para los productos argentinos experimentaron bruscas oscilaciones, pero en una tendencia de largo plazo marcada por la contracción de la demanda y la baja de los precios (Llach, 2006: 9).

Por momentos, el carácter abrupto, y en alguna medida político, de estas alteraciones, llevó a pensar que el mercado podía volver a expandirse. Sin embargo, por debajo de estos bruscos movimientos se verificó una desaceleración del ritmo de crecimiento de la demanda de los productos exportados por Argentina, bien porque los países consumidores del Hemisferio Norte comenzaron a producirlos en mayores cantidades (carne), bien porque estos bienes representaban una porción cada vez menor del ingreso de esas sociedades (cereales) o porque comenzaron a ser desplazados por sustitutos (lino, lana). Por tanto, incluso los momentos de auge y recuperación del intercambio comercial fueron más acotados y de efectos positivos más atenuados que en el pasado. Por otra parte, estos factores externos no sólo tuvieron consecuencias económicas. Tam-

bién incidieron sobre el modo de concebir el potencial del sector rural de exportación. De hecho, contribuyeron a dar forma a un extendido escepticismo sobre las virtudes del crecimiento inducido por las exportaciones, reforzado a su vez por el avance de visiones y programas que promovían el desarrollo del sector industrial y privilegiaban el mercado interno. Desde la década de 1940, el pesimismo sobre las virtudes del «desarrollo hacia afuera» se volvió dominante no sólo en los círculos gubernamentales y académicos sino también en amplios segmentos de la opinión pública, creando de este modo un contexto favorable para la implementación de políticas hostiles al sector exportador.

El primer gran impacto fue la Gran Depresión. Entre 1928 y 1932, el valor de las exportaciones rurales se redujo en dos tercios. Las exportaciones ganaderas se contrajeron, pero la caída más importante se sintió en la agricultura. Sus principales consecuencias fueron dos. Por una parte, la baja del ingreso agrario dio lugar a disputas por el reparto de un excedente muy disminuido. Gracias a su superior poder de negociación, los propietarios forzaron a los arrendatarios a afrontar los mayores costos del ajuste. El resultado fue una profunda caída del nivel de vida y las expectativas de mejora de los agricultores y de todos los que de alguna manera dependían del ingreso agrícola y, en parte vinculado a ello, el comienzo de un ciclo de empobrecimiento y migración hacia la ciudad. El acceso a la propiedad, que en la década de 1920 se había convertido en una aspiración extendida entre los cultivadores, se dificultó. En esos años creció la cantidad de arrendatarios y, en particular, de arrendatarios pobres.

Al calor de estos procesos, se definieron los contornos de una nueva manera de concebir los problemas del campo llamada a ejercer una poderosa influencia en el debate público. Desde el cambio de siglo se había argumentado que el arrendamiento impedía el arraigo de los agricultores y la construcción de una vigorosa comunidad rural. Desde los años treinta, el régimen de tenencia de la tierra fue objeto de una impugnación más punzante: además de empobrecer la vida social y cultural de la campaña, también empobrecía a los agricultores y al país en su conjunto. En este escenario, la imagen del campo como un lugar pleno de oportunidades de progreso, que comenzó a ser cuestionada tras las protestas agrarias de 1912 (el Grito de Alcorta), terminó por eclipsarse. La reemplazó una visión que describía a la sociedad rural como un orden dominado por terratenientes egoístas y arrendatarios empobrecidos, caracterizado por la desigualdad y la falta de oportunidades (Hora, 2001).

En segundo lugar, la caída del ingreso, sumado a la incertidumbre sobre el futuro, provocó una caída del nivel de inversión. Fugas hacia delante como las que muchos productores habían protagonizado en otros momentos de caída de precios, pero de demanda

sostenida (refinamiento del ganado a fines del XIX, mecanización en los años veinte), aún si hubiesen sido factibles, carecían de sentido. Se ha estimado que las importaciones de maquinaria y equipo para el sector rural cayeron de 4,9 a 1,5% de las (ya disminuidas) importaciones totales del país entre 1925-1929 y 1930-1934; desde entonces, las importaciones de bienes de capital permanecieron en niveles modestos (Díaz Alejandro, 1970: 144-146 y 258). La tractorización, hito central del progreso agrícola en el mundo en esos años, avanzó con gran lentitud. El censo de 1937 apenas registra 21.500 tractores en toda la región pampeana. En las provincias de Buenos Aires y Santa Fe, que generaban más del 70% de la producción exportable, sólo había un tractor cada 12 explotaciones. El retraso no se expresó solamente en la falta de renovación o ampliación del fondo de capital. En la década de 1940, los rendimientos comenzaron a retroceder respecto de los de Estados Unidos; durante treinta años, la brecha continuó incrementándose (Mundlak, Cavallo y Domenech, 1989: 13; Barsky, 1998b). Comenzaba de este modo un prolongado período de retraso tecnológico del campo argentino respecto a sus competidores de la agricultura templada. En síntesis, en el preciso momento en el que debía acelerarse la transición hacia una agricultura más capitalizada, el escenario internacional se mostraba muy adverso para que ello sucediera.

Desde la Gran Depresión, pues, tomó forma madura la imagen del agro como un sector tecnológicamente arcaico, dominado por un empresariado incapaz de promover el desarrollo social y productivo. Estas críticas alcanzaron mayor eco cuando el estallido de la Segunda Guerra Mundial desnudó la vulnerabilidad de la economía nacional. En esos años, la Argentina no pudo colocar muchos de sus productos tradicionales; para 1946, las exportaciones agrícolas apenas alcanzaban al 15% de las de 1937. Además, el país no sólo no pudo importar bienes de capital sino que tampoco carbón, hierro y petróleo, insumos básicos para mantener su actividad económica y el nivel de vida de su población. En parte por su estrecho lazo comercial con la golpeada Gran Bretaña y sus conflictivas relaciones con Estados Unidos, el impacto fue más profundo que en Brasil o México; entre 1939 y 1943, el volumen de las importaciones cayó en dos tercios (Bulmer Thomas, 1994: 251). Parte del problema se debía al boicot norteamericano de 1942-1949, que no sólo limitó la posibilidad de colocar exportaciones rurales en Estados Unidos y Europa sino que también impidió el acceso al único mercado en condiciones de proveer bienes de capital, insumos y manufacturas (Escudé, 1983). De este modo se puso de relieve que Argentina estaba siendo afectada no sólo por la Guerra Mundial sino también por el nuevo equilibrio de poder surgido del conflicto. En estas circunstancias, era quizás inevitable que cobraran primacía las voces que, con creciente insistencia, reclamaban un cambio en el patrón de desarrollo capaz de volver al país menos dependiente del capricho de sus principales socios comerciales.

A diferencia de lo sucedido durante e inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial, cuando muchas esperanzas siguieron depositadas en la reconstrucción de los mercados para productos primarios, tras una década y media de contracción del mercado externo y avance del proteccionismo agrícola, la opción por el «desarrollo hacia afuera» vio erosionados sus apoyos sociales y políticos y su atractivo intelectual. Mientras tanto, ganaba terreno la idea de que el país debía promover la expansión del sector industrial y desarrollar el mercado interno como fuente de oferta y demanda, reduciendo de este modo su dependencia de fuentes exógenas de crecimiento. Hay que recordar que la Argentina sufrió en la década de 1930 no sólo por su elevado coeficiente de apertura sino también porque la caída exportadora iniciada en 1929 fue muy prolongada, hasta el punto de que en vísperas de la Segunda Guerra Mundial todavía se hacían sentir sus consecuencias³. Y pese a que el país decidió seguir pagando su deuda aún en el pico de la Depresión, el resultado de ese esfuerzo fue decepcionante, ya que el capital extranjero no retornó sino con cuentagotas.

Por otra parte, el avance del proceso de crecimiento industrial por sustitución de importaciones surgido de las entrañas de la Depresión, aunque frágil en muchos aspectos, aumentó el poder de los voceros del desarrollo hacia adentro, tanto entre el empresariado como en las cada vez más decisivas fuerzas armadas. Y a ello hay que sumarle el hecho de que la opción por la industria y el mercado interno fue entendida como una alternativa superior y no sólo en términos de su capacidad para promover el crecimiento y proteger al país de una economía internacional muy hostil. También fue concebida como una estrategia de desarrollo social y regionalmente más inclusiva, capaz de distribuir riqueza de manera más equitativa. En este sentido, la década y media de deterioro tanto de la trayectoria económica como de los logros sociales del sector exportador contribuyeron a sellar su suerte en la etapa de profundos cambios que coincidieron con el fin de la guerra y la llegada del coronel Juan Perón al poder. Y el hecho de que las principales exportaciones argentinas fuesen «bienes salario» (esto es, productos cuyo abundancia y precio incidían directamente sobre el nivel de salarios reales) agregaba incentivos adicionales para restringir su exportación y mantener sus precios artificialmente bajos.

Dos dimensiones de las políticas hacia el sector agrícola de exportación implementadas en 1945-1946 merecen destacarse. Cuando la derrota del Eje puso fin al escenario de protección artificial generado por la guerra, el industrialismo pasó a convertirse en una opción deliberada, cuyo avance se afirmó, de manera explícita, a costa del sector exportador.

3. De acuerdo a un informe de la Sociedad de las Naciones de los 49 países y territorios que más exportaban en 1928, la Argentina se encontraba entre los cuatro países que más vieron caer sus ventas al exterior en el período 1928-1938 (GERCHUNOFF y LLACH, 1998: 140).

tador. La expresión más elocuente de este nuevo rumbo fue la creación del Instituto Argentino para la Promoción del Intercambio (IAPI), el organismo que desde 1946 se erigió en el intermediario obligado entre los productores agrarios y el mercado externo. El IAPI impuso una drástica reducción de los precios percibidos por los exportadores, que sirvió para hacer compatible el importante incremento salarial posterior a 1946 con altos niveles de beneficio para las empresas urbanas y que también contribuyó a financiar el incremento del gasto estatal (Novick, 1986). Pese al crecimiento de precios de la posguerra, se ha estimado que, entre 1946 y 1950, los precios percibidos por los productores agrícolas se mantuvieron por debajo de los ya modestos valores de la década de 1930 (Campi, 2008: 81). El alza de los salarios urbanos (un 50% entre 1946 y 1949) también se trasladó al campo, al menos en parte. Y sin la posibilidad de reemplazar trabajo por capital dada la escasez de tractores y maquinaria, el incremento de los costos laborales supuso una punción adicional sobre los beneficios de los agricultores, muchos de los cuales optaron por destinar más superficie a la ganadería (Mundlak, Cavallo y Domenech, 1989: 91-92).

En segundo lugar, en esos años el régimen de arrendamientos conformado hacia 1900 sufrió una profunda alteración. El deterioro de la situación de los chacareros arrendatarios durante la década de 1930, acentuado tras el estallido de la guerra y el cierre de los mercados agrícolas, llevó a los militares que tomaron el poder en 1943 a imponer una rebaja obligatoria de los cánones de arrendamiento y a prohibir el desalojo de arrendatarios. Estas medidas golpearon a los rentistas rurales, que vieron reducidos sus ingresos (por el congelamiento en un contexto inflacionario) pero también su capacidad de disponer de sus tierras (pues sólo podían recuperarlas con el consentimiento expreso de sus inquilinos) (Hora, 2001: 215; Barsky y Gelman, 2001: 317-321). El congelamiento de los arrendamientos fue prorrogado en numerosas oportunidades. Cuando finalmente desapareció en 1969, tras un cuarto de siglo de vigencia, su acción habían contribuido a alterar la estructura de tenencia del suelo pampeano. Para entonces, muchas de las grandes estancias sobre las que se habían erigido las fortunas de la era agroexportadora habían desaparecido, y una nueva capa de antiguos ocupantes precarios había pasado a controlar una parte considerable de este recurso⁴.

4. Aunque imperfectamente (ya que sólo captan un momento del proceso), los censos agrarios de 1947 y 1969 permiten estimar la magnitud de la transformación en la estructura de tenencia de la tierra pampeana promovida por el congelamiento de arrendamientos. Entre ambas fechas, la superficie arrendada en la región cayó de 27 a 13,5 millones, mientras que la trabajada por sus dueños (agrícola y ganadera) subió de 37,3 a 54,6 millones de hectáreas. Para 1969, los propietarios laboraban el 73% de la tierra pampeana, mientras que los arrendatarios sólo controlaban el 18% del suelo de la región (HORA, 2001: 216).

Este resultado fue en algunos aspectos similar al alcanzado en las ciudades merced a la acción de la Ley de Congelamiento de alquileres de viviendas sancionada por el gobierno peronista. Aquí también los rentistas se vieron ante la disyuntiva de percibir ingresos reales cada vez más reducidos o desprenderse de sus inmuebles en condiciones desventajosas. Pero a diferencia de lo sucedido en la ciudad, donde la nueva normativa sirvió sobre todo para redistribuir la propiedad (y sólo a más largo plazo tuvo consecuencias visibles sobre la oferta y el ritmo de construcción de nuevas viviendas), en el campo el congelamiento de los arrendamientos tuvo un impacto perceptible sobre la producción. Por una parte, contrajo la superficie destinada a cultivos, por cuanto que los terratenientes que lograron recuperar sus tierras se mostraron reacios a cederlas nuevamente en arrendamiento, optando en cambio por destinarlas a actividades ganaderas, que gestionaban ellos mismos. Por otra parte, un régimen que otorgaba a los arrendatarios el control del suelo a muy bajo costo, pero que a la vez creaba incertidumbre respecto a la duración de este privilegio (dependiente de prórrogas acordadas cada cuatro o cinco años), instó a esos ocupantes precarios a privilegiar estrategias productivas dirigidas a maximizar los beneficios de corto plazo y que por eso mismo tenían un efecto negativo sobre el nivel de inversión y el cuidado de los recursos. En síntesis, tanto por el lado de la política de precios (que afectaba a todos los productores) como por el de la política de arrendamientos (que incidía sobre las estrategias de los propietarios y arrendatarios) se consagró un panorama poco favorable para estimular la inversión y la búsqueda de incrementos de eficiencia en el mediano y largo plazo.

A comienzos de la década de 1950, una intensa sequía puso al descubierto la magnitud del retroceso que había experimentado la agricultura de exportación. En la campaña agrícola de 1951-1952, el trigo cosechado ni siquiera alcanzó para satisfacer la demanda interna. Para entonces, el IAPI ya había elevado los precios que ofrecía a los productores, con el fin de estimular la siembra. Restablecidas las relaciones con Estados Unidos, el gobierno peronista también realizó esfuerzos para incentivar la mecanización. Los alcances de esta «vuelta al campo», sin embargo, fueron acotados. Se trató de correcciones menores, incapaces de alterar las líneas maestras de una política agropecuaria que siguió funcionando en un marco de referencia signado por la idea de que el mercado mundial constituía una fuente de peligros más que de oportunidades, por lo que los excedentes obtenidos del intercambio externo debían servir para fortalecer al sector industrial, hacer más complejas su estructura y promover su autarquía. Esta visión se correspondía con la idea de que la oferta agropecuaria era poco sensible a los incentivos de precios, en gran medida porque los grandes propietarios («la oligarquía terrateniente») carecían no sólo de los incentivos sino también de las destrezas empresariales necesarias para impulsar el cambio productivo. De hecho, pese al considerable retraso en los rendimientos del maíz y de otros cultivos desde la década de 1940, en esos años el Gobierno no implementó nin-

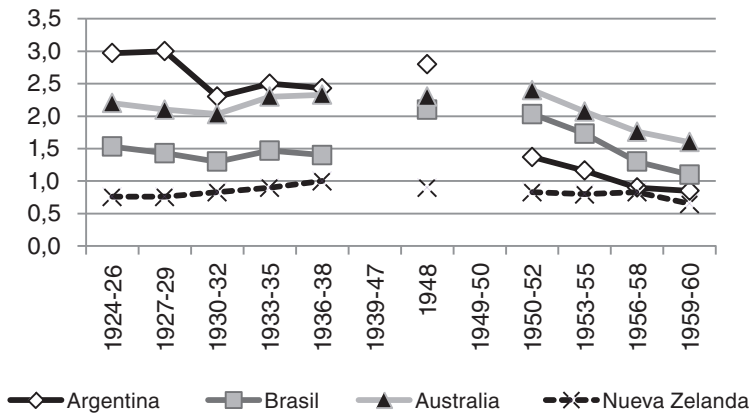
guna iniciativa de envergadura destinada a elevar el nivel tecnológico del sector. No sorprende, por tanto, que los productores mostraran escasa confianza en que la mejora de los precios pagados por el IAPI supusiera un cambio radical de escenario y optaran por buscar las ganancias inmediatas sin comprometer grandes inversiones. Para mediados de la década de 1950, las importaciones de maquinaria y equipos permanecían bien por debajo de los niveles de la década de 1920. Hasta fines de los años cincuenta, la Argentina apenas poseía el 10% del parque de tractores por hectárea de Estados Unidos (CEPAL, 1959: Anexo p. 87).

Parece indudable que las políticas agrarias del período 1946-55 contribuyeron al retroceso de un sector que, todavía entonces, era el único que poseía potencial exportador. Sin embargo, el hecho de que tras el derrocamiento de Perón los grandes lineamientos de la política agraria no fuesen modificados sugiere que sus principales objetivos eran compartidos por sus críticos y sucesores. En efecto, en 1955 el IAPI fue reemplazado por una Junta Nacional de Granos y al año siguiente se creó el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), destinado a promover el cambio tecnológico y la difusión de innovaciones. Sin embargo, el desarrollismo nacido en esos años fue escéptico respecto de las oportunidades para las exportaciones primarias, tal como se expresa en la conocida tesis de Raúl Prebisch referida al deterioro secular de los términos de intercambio y la necesidad de forzar el avance hacia una economía industrial integrada. Esta visión parecía corresponderse con lo que estaba sucediendo en el comercio internacional, que en las décadas de 1950 y 1960 experimentó una gran expansión, pero centrada en el intercambio de bienes manufacturados (Serrano y Pinilla, 2010: 3.504-3.505).

En este marco, pues, los grupos que se turnaron en el Gobierno desde 1955 promovieron alguna mejora de los precios percibidos por los productores, pero entendieron que el problema del «estancamiento» agrario no podía desligarse de la cuestión más general del atraso tecnológico de la Argentina. Y esta batalla tenía por teatro no el campo sino las ramas capital-intensivas del sector manufacturero, las actividades asociadas a la construcción de infraestructura y la producción de energía. Un tipo de cambio apreciado, y por tanto desfavorable para los sectores exportadores, caracterizó a la política económica en ese período. Y las modestas perspectivas que ofrecían los principales mercados externos (que se volvieron aún más negativas cuando la Comunidad Económica Europea lanzó en 1957 una activa política de proteccionismo agrícola y cuando, en 1967, la carne argentina perdió su principal mercado, Gran Bretaña, tras la aparición de un brote de fiebre aftosa) reforzaron el pesimismo sobre las posibilidades de un modelo de crecimiento en el que las exportaciones agrarias tuvieran un papel primordial. En este escenario, pues, la Argentina no encontró manera de sumarse a la gran expansión del intercambio internacional de los Años Dorados. Con excepción de la lana, que mantuvo

su cuota, todos los demás productos de relevancia perdieron posiciones en el comercio internacional (Llach, 2006: 20-31). Producto del sesgo anti-agrario de la política económica argentina, entrada la década de 1960 ningún otro país de los que habitualmente sirven como término de comparación había retrocedido tanto en los treinta años previos (Gráfico 9).

GRÁFICO 9
Participación en las exportaciones mundiales, 1924-1960 (%)

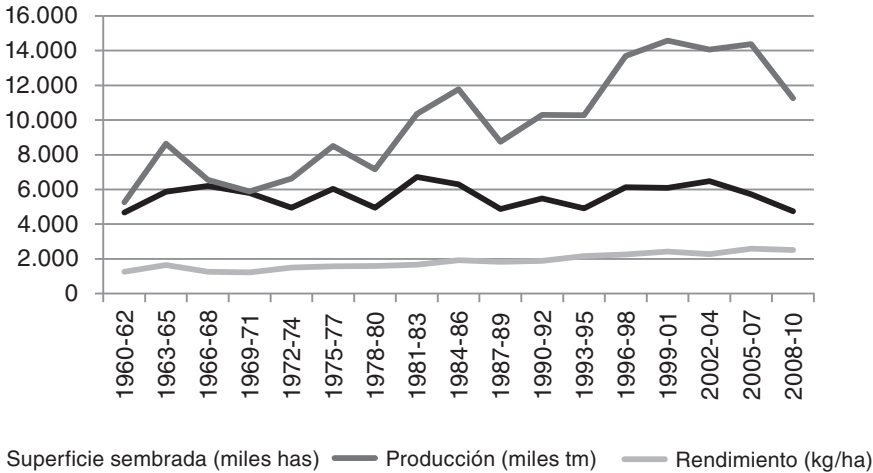


Fuente: World Trade Organization (1962) (http://unstats.un.org/unsd/trade/imts/historical_data.htm).

4. RECUPERACIÓN Y CRECIMIENTO (1960-2010)

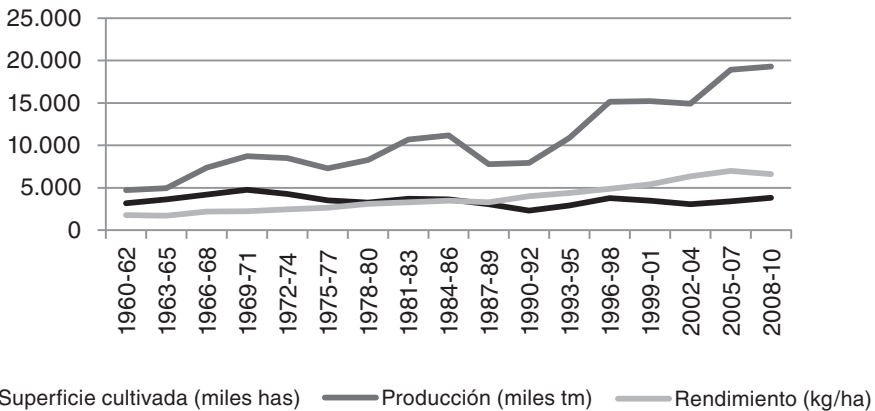
En el curso de la década de 1960, la economía rural pampeana comenzó a exhibir signos de mayor vitalidad. La agricultura recuperó tierras que habían sido entregadas a la ganadería en las dos décadas previas y retomó la senda de crecimiento. La superficie sembrada con cereales y oleaginosas, que en la década de 1950 había caído por debajo de los 16 millones de hectáreas, alcanzó los 22 millones en la primera mitad de la década de 1980. En el curso de ese cuarto de siglo, gracias al crecimiento del área cultivada y la mejora de los rendimientos, la producción de maíz se multiplicó por 2,5, y la de trigo por un factor cercano a dos (Gráficos 10 y 11). Esta expansión también comprendió a las oleaginosas, que se volvieron más atractivas que los cereales, en parte porque se enfrentaban a menos restricciones en los mercados externos y no constituían elementos básicos de la dieta popular, lo que las libraba de controles y restricciones. En la década de 1980, el sorgo, el girasol y la soja ocupaban casi el doble de superficie que el maíz y casi tanto como el trigo, que con unas seis millones de hectáreas aún se erigía como el primer cultivo de la pampa.

GRÁFICO 10
Evolución del cultivo de trigo, 1960-2010



Fuente: Ferreres (2005). Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca, Sistema Integrado de Información Agropecuaria (<http://www.siiia.gov.ar>).

GRÁFICO 11
Evolución del cultivo de maíz, 1960-2010



Fuente: Ferreres (2005) y Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca, Sistema Integrado de Información Agropecuaria (<http://www.siiia.gov.ar>).

Amén del dinamismo exhibido por las oleaginosas, el aspecto más significativo de la expansión agrícola del cuarto de siglo posterior a 1960 fue el incremento de la productividad. Gracias a la mejora de los rendimientos, el producto agrícola creció bastante más rápido (4,5% anual) que el área sembrada (1,3% anual). Ello permitió que, entre 1955-

1959 y 1980-1984, la producción de cereales y oleaginosas saltara de unos 15 millones a más de 40 millones de toneladas, duplicando de esta manera las mejores cosechas previas al período de estancamiento.

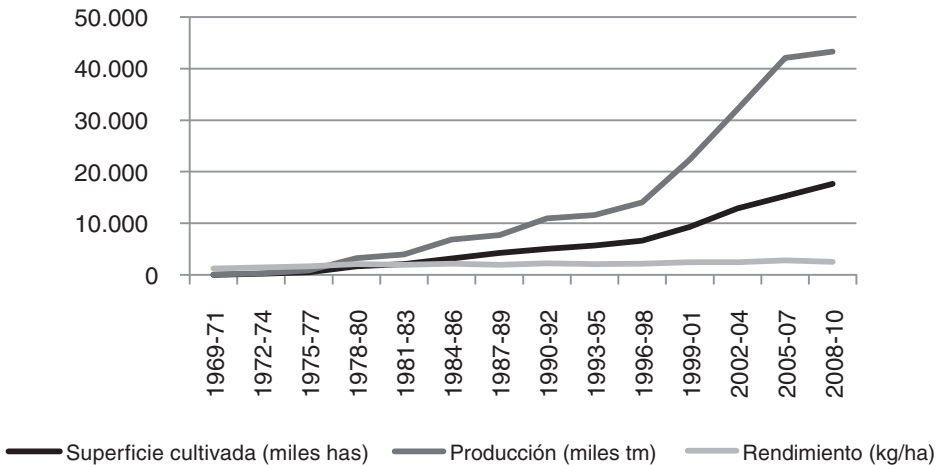
La mejora de productividad, un fenómeno típico de la Revolución Verde, se debió a varios factores. En esta etapa, por primera vez el Estado desempeñó un papel relevante en la generación y difusión de tecnología. Su importancia se relacionó con el tipo de tecnologías predominantes, con un elevado componente de conocimiento tácito y con características de bienes públicos (entre ellos, cambios en las técnicas de manejo agrícola), que hacían difícil, si no imposible, la apropiación privada de los beneficios, y por tanto atraían poco a las empresas proveedoras de insumos (Campi, 2008: 130). La acción del INTA tuvo un impacto considerable, sobre todo en lo referido a la incorporación de semillas híbridas (los semilleros privados, por su parte, promovieron activamente la utilización de variedades no autóгамas, como el maíz). Entre 1955-1959 y 1980-1984, los rendimientos crecieron alrededor de un 100% en soja, girasol y maíz, un 80% en sorgo y un 40% en trigo. Se ha estimado que la innovación genética en maíz, en la que el país se hallaba muy retrasado, fue responsable del 80% del aumento de los rendimientos (Obschatko, Solá, Piñeiro y Bordelois, 1984; Gutiérrez, 1991).

El otro factor que empujó el crecimiento fue la mecanización. El industrialismo desarrollista, al promover la producción local de vehículos por parte de filiales de empresas automotrices extranjeras, por primera vez puso tractores a precios accesibles a disposición de los ganaderos y agricultores. La mecanización avanzó rápido en parte porque permitía ahorrar trabajo, un factor encarecido por la revolución distributiva peronista. En las décadas de 1960 y 1970, se vendieron por bienio tantos tractores como la totalidad del parque existente en 1937, pero de una potencia muy superior. En 1948, cuando el efecto negativo de la Guerra Mundial y del embargo norteamericano todavía se hacían sentir sobre la oferta de maquinaria, la Argentina poseía apenas 1/25 parte de los tractores por hectárea que operaban en Estados Unidos. Luego de una década y media de expansión de la oferta de tractores, para 1973, la brecha se había reducido a 1/4 (Campi, 2008: 119). El empleo de fertilizantes y pesticidas, sin embargo, avanzó con lentitud, probablemente por su alto costo relativo (Del Bello, 1988 y 1991).

En este período, la agricultura familiar, nacida a fines del siglo XIX y consolidada poco a poco como agricultura propietaria tras la sanción de las leyes de congelamiento de los arrendamientos de 1943, fue sometida a intensas presiones. La mecanización y el cambio tecnológico favorecieron las economías de escala, y promovieron la conformación de empresas de mayor tamaño. Por primera vez en la historia del desarrollo agrario pampeano del siglo XX, la tendencia a la fragmentación de la propiedad y la reducción de la escala

de las empresas como resultado de la partición hereditaria comenzó a ser contrarrestada por fuerzas económicas que promovían la formación de unidades de mayor escala. El censo de 1969 indica que, ese año, la región pampeana contaba con unas 280.000 explotaciones, con un promedio de 258,6 hectáreas cada una. Dos décadas más tarde, en 1988, unas 90.000 empresas habían desaparecido. Las 188.200 unidades que continuaban operando controlaban en promedio 377,6 hectáreas cada una. Este incremento de la escala no sólo se apoyó en la concentración de la propiedad del suelo. Tanto o más importante fue la expansión de la producción sobre tierra alquilada. El principal impulsor de este proceso fue un nuevo tipo de gran arrendatario, entonces denominado «tantero» o contratista accidental, que participaba de la producción con maquinaria propia, y en general con un nivel tecnológico elevado. Estos empresarios, que prestaban servicios de siembra y cosecha a numerosos propietarios, funcionaron como difusiones de los adelantos tecnológicos del período. Así, pues, tras el retroceso del arrendamiento tradicional, nuevas formas contractuales también centradas en el arrendamiento y la provisión de servicios especializados sirvieron para otorgarle dinamismo a la economía agraria (Llovet, 1988).

GRÁFICO 12
Evolución del cultivo de soja, 1969-2010



Fuente: Ferreres (2005) y Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca, Sistema Integrado de Información Agropecuaria (<http://www.siiia.gov.ar>).

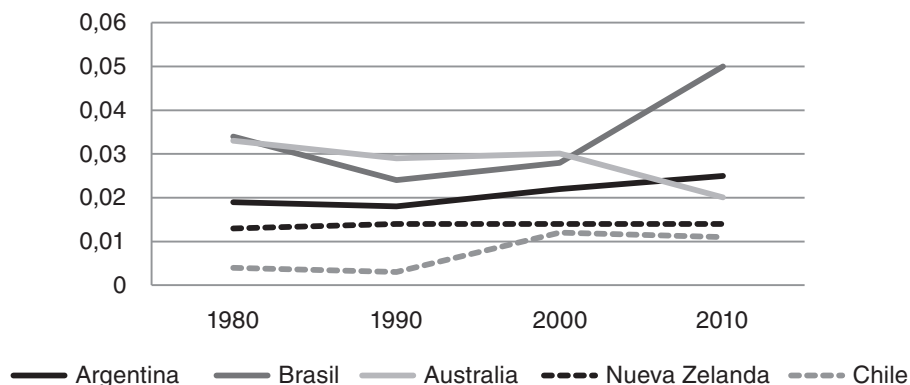
Este ciclo de expansión agrícola se interrumpió en la segunda mitad de la década de 1980, cuando una fuerte contracción de los precios internacionales recortó drásticamente la rentabilidad de las empresas, al mismo tiempo que el país se hundía en el ciclo de inestabilidad macroeconómica más intenso de toda su historia (que incluyó dos picos hiperin-

flacionarios, en 1989 y 1991). Al cabo de unos años, sin embargo, el crecimiento retornó, y lo hizo con mayor fuerza. Entre 1995 y 2010, la producción de cereales y oleaginosas pasó de 42 a 102,5 millones de toneladas, creciendo al 6,3% anual. La soja, el cultivo estrella de este ciclo, que hacia 1980 ocupaba un poco más de un millón de hectáreas, para 2010 dominaba una superficie 18 veces mayor.

En el quinquenio 2005-2010, esta oleaginosa generó más del 50% del volumen agrícola exportado y, dado su mayor valor unitario, un porcentaje aún superior de las ventas al exterior. A comienzos del siglo XXI, la Argentina se ha convertido en el tercer exportador mundial de porotos de soja y en el primero de aceite de esta oleaginosa. Gracias al auge sojero, en las últimas dos décadas el valor de las ventas externas de productos agrícolas se ha multiplicado por cinco; en ese lapso, el país ha incrementado su participación en el comercio internacional de productos agrícolas casi un 40 por ciento (de 1,8 a 2,5 del total). Aún si este crecimiento ha sido más modesto que el de Chile o Brasil, supera ampliamente el de sus rivales tradicionales de la agricultura templada.

GRÁFICO 13

Participación en las exportaciones mundiales de productos agrícolas, 1980-2010



Fuente: World Trade Organization (2011). (http://www.wto.org/english/res_e/statis_e/its2011_e/its11_toc_e.htm).

Dada la conocida inestabilidad macroeconómica argentina en el último medio siglo, conviene recordar que este crecimiento se ha desplegado tanto durante períodos de precios internacionales bajos, tipo de cambio apreciado y bajos impuestos internos (la década de 1990) como de precios internacionales en alza, tipo de cambio depreciado y altos impuestos a las exportaciones (la década de 2000). Ello indica que este auge agrícola ha resultado relativamente inmune a las bruscas alteraciones del entorno nacional. La política pública ha contribuido a promover este crecimiento. Por una parte, los escasos éxitos que

el sector manufacturero ha exhibido desde los años setenta erosionaron los apoyos y el prestigio de las políticas pro-industria, que fueron parcialmente revertidas. De manera más decisiva, el elevado nivel de endeudamiento público desde comienzos de la década de 1980 forzó a los encargados de la política económica a promover la apertura con el objetivo de estimular las exportaciones y de este modo incrementar el saldo positivo de la balanza comercial y el superávit fiscal. Sin embargo, los principales motores del crecimiento agrario de las últimas dos décadas han sido similares a los que primaron antes de 1930. Por una parte, la expansión de la demanda externa, impulsada por el crecimiento de mercados no afectados por restricciones cuantitativas o por políticas proteccionistas. En particular, las grandes economías de Asia continental han desempeñado un papel central en el incremento de las ventas al exterior (OECD-FAO, 2007). En segundo lugar, un profundo proceso de cambio tecnológico, gracias al cual la producción de cereales y oleaginosas no sólo ha crecido en productividad sino que también ha desbordado, por primera vez, a la región pampeana. Ello ha permitido que, en líneas generales, el crecimiento exportador no se haya alcanzado a expensas de otros cultivos o de la actividad ganadera (Bisang, 2007; Barsky y Dávila, 2008: 21-23)⁵.

La frontera agrícola, que desde la década de 1930 se había estabilizado, ha experimentado en las últimas dos décadas una sostenida expansión. El elemento que ha posibilitado el crecimiento de la superficie cultivada ha sido la incorporación masiva de la tecnología basada en la siembra directa (es decir, sin arado ni labranza) y las semillas transgénicas⁶. Amén de una considerable mejora de los rendimientos y quizás también en la conservación del suelo⁷, la siembra directa ha permitido una muy considerable ampliación de la superficie plantada con cereales y oleaginosas (en primer lugar, el doble cultivo liderado por el par soja/trigo), que entre 1990 y 2010 pasó de las 20 a 34 millones

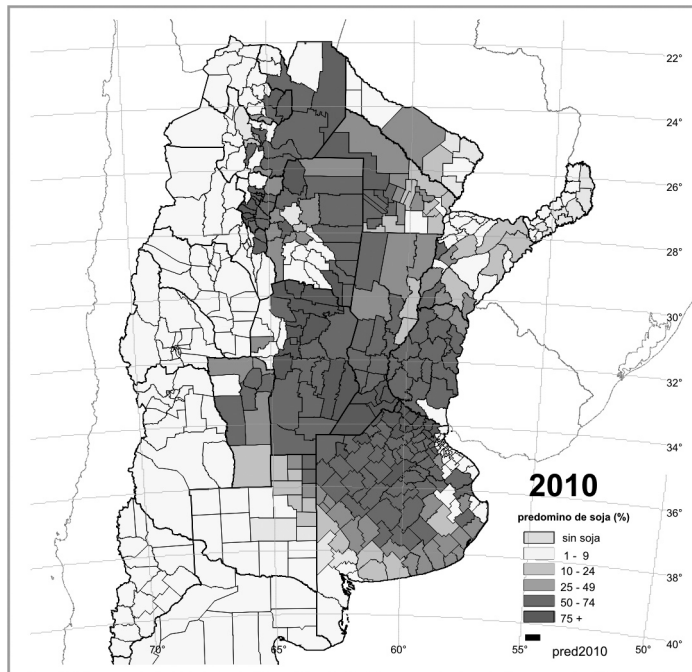
5. Desde 2007, sin embargo, la política oficial de restricción de exportaciones (para la carne y el trigo) y precios máximos (para la leche) atenuó el ritmo de expansión de la producción de estos bienes.

6. En el cultivo de soja y maíz, la superficie implantada bajo siembra directa pasó de menos del 10% en 1992-1993 a más del 70% en 2004-2005. En la actualidad, más del 98% de la soja se cultiva bajo esta modalidad.

7. Gracias a su capacidad para preservar la capa vegetal, la siembra directa protege la materia orgánica mejor que la labranza convencional, y disminuye la erosión, especialmente en suelos arenosos, o con fuerte pendientes. Sin embargo, en la siembra directa las malezas o las plantas que compiten con las semillas implantadas sólo pueden ser eliminadas por medios químicos, lo que hace que este método de siembra requiera un uso más intensivo de herbicidas y plaguicidas, y variedades de semillas (transgénicas) resistentes a estos químicos. En varios puntos, pues, las ventajas de la siembra directa desde el punto de vista conservacionista y de su impacto sobre el entorno social son objeto de debate. Distintas visiones sobre los beneficios y perjuicios de la agrobiología en la agricultura argentina en SOLBRIG (2004), TRIGO, CHUDNOVSKY, CAP y LÓPEZ (2002), TEUBAL (2003), REGÚNAGA, FERNÁNDEZ y OPACAK (2003), SENIGAGLIESI (2003) y OESTERHELD (2005).

de hectáreas. La agricultura ha avanzado sobre tierras ganaderas dentro de la región pampeana, pero también fuera de esta región, en distritos más secos o con suelos de menor calidad. La soja es la variedad que ha liderado esta expansión sobre nuevos ambientes. Desde que la soja transgénica (RR) comenzó a ser cultivada en 1995-1996, esta oleaginosa ha experimentado un desarrollo espectacular fuera de la región pampeana. Con más de 5 millones de hectáreas, y cerca del 60% de su superficie sembrada con soja, Córdoba se ha convertido en el distrito con mayor superficie destinada a esta oleaginosa, por encima incluso de Santa Fe y Buenos Aires, tradicionalmente las grandes provincias agrícolas. Esta oleaginosa ha alcanzado una posición primordial en la economía de todas las provincias del centro y norte del país.

MAPA 1
El predominio de la soja. Superficie sembradas con soja en relación al total de tierra cultivada



Fuente: Conte *et al.* (2012) (<http://www.laargentinaenmapas.com.ar>).

Impulsada por su superior rentabilidad y gran adaptabilidad, la soja se ha constituido en la punta de lanza del avance de la agricultura de exportación sobre tierras ganaderas y cultivos regionales (como el algodón en Chaco y en Salta), pero también sobre bosques y montes que no habían conocido el arado. Esta expansión ha suscitado protestas de gru-

pos ambientalistas y resistencias campesinas (Giarracca y Gras, 2001). El limitado eco alcanzado por esta oposición, sin embargo, sugiere que el avance de la agricultura de exportación ha encontrado poderosos aliados incluso en distritos donde su impacto ecológico y social es más negativo. El Gobierno nacional, pero también las administraciones provinciales y municipales (deseosos de ver crecer la actividad económica en sus distritos) y los empresarios rurales que impulsan la expansión del cultivo se destacan entre sus principales promotores. De este modo, el desarrollo de los cultivos exportables hacia regiones periféricas ha atenuado las diferencias de intereses y creado un nuevo terreno de compatibilidad tanto entre los grupos gobernantes como entre los empresarios agrarios de la pampa y los de regiones tradicionalmente volcadas a la producción para el mercado interno. Tal como se puso de relieve en «el conflicto del campo» de 2008, la sojización del interior extra-pampeano ha contribuido decisivamente a expandir la base social y regional sobre el que se apoyan los intereses exportadores (Hora, 2010b).

La tecnología de la siembra directa, más compleja que la labranza tradicional, ha incrementado el peso de las grandes empresas, en desmedro de las unidades familiares. Y con ello se ha acentuado el proceso de concentración productiva cuyo origen se remonta a la década de 1960. La siembra directa reduce drásticamente el empleo de mano de obra, pero requiere maquinaria poderosa y compleja, además de más capital y conocimiento. Desarrollos como la agricultura de precisión, en expansión en la actualidad, profundizan esta deriva. Imposibilitadas de incorporar capital y tecnología al mismo ritmo, muchas explotaciones familiares han tenido que ceder sus tierras a empresas de mayor escala⁸. De acuerdo con la información censal, entre 1988 y 2002 la cantidad de empresas agrarias pampeanas cayó de 188.000 a 134.000, y el tamaño medio de las explotaciones pasó de 377,6 a 509,8 hectáreas⁹. La información preliminar surgida del censo 2008, aunque difícil de interpretar, sugiere que la concentración productiva se ha profundizado. Hay que señalar que el avance de las grandes empresas también ha afectado a los dueños de superficies de gran tamaño. De hecho, la creciente importancia del factor tecnológico ha hecho que la expansión de las grandes empresas se apoye, más que en el control del suelo, sobre la expansión del arrendamiento, que en la primera década del nuevo siglo comprende alrededor de 2/3 de la superficie total cultivada con cereales y oleaginosas (Bisang, 2003; Lódola, 2008; Posada y Martínez de Ibarreta, 1998).

8. La literatura sobre el impacto de los cambios tecnológicos de las últimas dos décadas sobre las pequeñas empresas familiares es vasto. Una introducción en REBORATTI (2006). Ejemplos de crisis de la agricultura familiar en la región pampeana en CRAVIOTTI y GRAS (2006).

9. Una descripción de estos cambios en BISANG, ANLLÓ y CAMPI (2008). El impacto del crecimiento agrario sobre el empleo es analizado en LLACH, HARRIAGUE y O'CONNOR (2004) y NEIMAN (2010).

Estos procesos han contribuido a una profunda metamorfosis del empresariado. La empresa dirigida por su propietario se halla en retroceso, desplazada por sistemas de gestión profesionalizados. Un estudio de 2009 sobre 500 productores grandes y medianos (el segmento que genera el 70% de la soja en la región) sugiere que los argentinos poseen competencias profesionales superiores a sus colegas estadounidenses (medidas por estudios universitarios), además de ser más jóvenes (Steiger y Feeney, 2009: 32-37). Los empresarios más dinámicos han extendido su actividad a otros países sudamericanos (Uruguay, Brasil, Paraguay, Colombia, Venezuela), demostrando una vocación de internacionalización infrecuente en la historia del capitalismo argentino. Estos actores son además los promotores de un nuevo tejido asociativo (Hernández, 2007; Hora, 2010b).

Como resultado de estos cambios, los apellidos tradicionales del campo han perdido protagonismo, desplazados por formas organizativas y figuras de nuevo cuño. Oscar Alvarado, cuya empresa El Tejar siembra más de 150.000 hectáreas, y, sobre todo, Gustavo Grobocopatel, el «Rey de la Soja», que cultiva más de 300.000 hectáreas, de las cuales más del 90% son arrendadas, constituyen ejemplos destacados de este nuevo empresariado. Ambos desempeñaron un papel relevante en la construcción de una imagen pública del empresariado rural que enfatiza su dinamismo y modernidad (Hora, 2010b). Por una ironía del destino, la masiva desnacionalización de sectores como la banca, la manufacturera y los servicios en las últimas dos décadas (impulsada por el desembarco de firmas de origen estadounidense y europeo pero también chileno y brasileño) ha convertido el campo en el sector menos extranjerizado de toda la economía y el empresariado rural, en lo más parecido a una burguesía nacional¹⁰.

Con todo, la relevancia de estos actores no debe exagerarse. Arrinconada la agricultura familiar, reducida a su mínima expresión la mano de obra, el giro hacia el *agribusiness* ha dotado al sector rural de un núcleo empresarial visible y poderoso, como no tenía desde los tiempos de la elite ganadera del Centenario. La importancia de este grupo respecto a períodos previos, sin embargo, se ha reducido, toda vez que la agricultura de punta es, cada vez más, una actividad dominada por actores ajenos al campo. Y no se trata sólo de la fase de comercialización internacional, que siempre estuvo muy concentrada en manos de unos pocos grandes «traficantes de granos». Así como la Revolución Verde asignó un lugar relevante a los organismos públicos de investigación (y el hecho de que éstos organismos fuesen en muchos puntos deficientes sin duda demoró la recuperación en el período de «estancamiento agrario»), la agricultura de la siembra directa y las semillas

10. De acuerdo a información oficial, en 2010 sólo un tercio de las 500 mayores empresas del país eran de propiedad de argentinos. *Clarín, suplemento IEco*, 16 de enero de 2011.

transgénicas otorga un papel fundamental a unas pocas empresas multinacionales (Monsanto, Nidera, Bayer, Syngenta, Cargill, etc.) que dominan la biotecnología y que se han convertido en los proveedores de insumos críticos para la producción, muchas veces en alianza con grandes empresas químicas y farmacéuticas.

Desde 1996, cuando se autorizó la comercialización de la soja RR, todos los eventos transgénicos de relevancia que se aplican en el campo argentino han surgido de los departamentos de investigación y desarrollo de estas corporaciones. El giro hacia la agrobiología basada en organismos genéticamente modificados supone la adopción de paquetes tecnológicos completos, que incluyen semillas transgénicas pero también fertilizantes, herbicidas y plaguicidas, todos los cuales se hallan protegidos por patentes y derechos de propiedad intelectual. El marco institucional argentino para la protección de estos derechos, laxo en relación con el vigente en el Hemisferio Norte (o al menos más permisivo de lo que los dueños de patentes desean), mantiene la «excepción del agricultor» y ha permitido un uso relativamente libre de algunas innovaciones, sobre todo si se trata de especies autóгамas (como la soja RR)¹¹. En el mediano plazo, sin embargo, el avance tecnológico parece indicar que las oportunidades para utilizar libremente estos desarrollos irán reduciéndose. Y ello coloca un signo de interrogación sobre cómo se distribuirán los beneficios de la agricultura en el mediano y largo plazo.

5. VISIÓN EN PERSPECTIVA

A fines de la década de 1920, luego de más de medio siglo de cambio ganadero y desarrollo agrícola sobre la fértil pradera pampeana, la Argentina se ubicaba entre los países más exportadores del mundo. Este logro, sobre el que se basó la formidable expansión económica del país en esa etapa de mercados abiertos, supuso, también, una gran vulnerabilidad. Integrado como pocos países en la economía internacional, y por tanto muy dependiente de la suerte de su sector exportador, el país sufrió intensamente el período de contracción y turbulencia que afectó al mercado mundial de productos agrícolas de clima templado en el período de entreguerras.

Hasta cierto punto, la desaceleración del ritmo de crecimiento de los mercados para las exportaciones pampeanas era inevitable. Por el lado de la demanda, el incremento del ingreso *per cápita* de los países del Atlántico Norte provocó un cambio en la composición de la dieta que, desde la década de 1920, obró en contra de las exportaciones de gra-

11. Al respecto, véanse los trabajos reunidos en BISANG, GUTMAN, LAVARELLO, SZTULWARK y DÍAZ (2006).

nos y carne, impidiendo que los mercados de alimentos continuaran expandiéndose al mismo ritmo que en el medio siglo previo. En los países de altos ingresos, la demanda de alimentos básicos creció más lento que los ingresos reales, tal como indica la ley de Engel. A ello se sumó el cambio tecnológico en la agricultura y el avance del proteccionismo agrícola en el Hemisferio Norte, que incrementaron la oferta de granos y carne, y fueron limitando las oportunidades para la colocación de los productos argentinos. La ganadería se vio algo más protegida que la producción de granos frente a estos desarrollos, pero la erección de barreras sanitarias (en Estados Unidos) y proteccionistas (en Europa) también terminó por afectar sus posibilidades de expansión.

Sin embargo, los mercados para los productos agrícolas argentinos no experimentaron una desaceleración gradual y paulatina —la suave declinación predicha por la ley de Engel. Su contracción se vio sobredeterminada por crisis políticas, guerras y crisis económicas. Desde fines de los años veinte, y por dos décadas —el período más inestable del siglo XX—, estos mercados sufrieron grandes derrumbes y bruscas contracciones. En Argentina, estas conmociones tuvieron un efecto muy negativo sobre la demanda externa, el empleo y la producción, y sobre el bienestar de los agricultores pampeanos. También contribuyeron decisivamente a erosionar la confianza en la agricultura de exportación como motor del desarrollo económico del país, le quitaron apoyos sociales y políticos y, en el período que sucedió al fin de la Segunda Guerra Mundial, tornaron a la política pública decididamente hostil hacia el campo. La idea de que era preciso utilizar el excedente agrario para promover la industrialización vía sustitución de importaciones se forjó sobre la premisa de que el ciclo histórico del desarrollo hacia afuera había finalizado. Esta convicción la compartieron las administraciones peronistas pero también las desarrollistas (tanto en sus vertientes democráticas como autoritarias). Así pues, cuando el mercado mundial se volvió poco amigable para la Argentina, el país reaccionó frente a este escenario volviéndole la espalda al mercado mundial. Castigadas desde fuera y desde dentro, las exportaciones de carne y granos se contrajeron a un ritmo aún más veloz que el de caída de la participación de estos productos en el comercio internacional.

Más que un fenómeno generalizado y prolongado en el tiempo, expresivo del atavismo productivo del empresariado o la injusticia del régimen de tenencia de la tierra, el «estancamiento agrario» fue el producto de la combinación de un mercado externo hostil y de una política pública ajustada a esta sintonía, y de las respuestas que esta situación provocó entre ganaderos y agricultores. Tanto antes como después, la agricultura de exportación experimentó procesos de crecimiento y transformación de considerable relevancia. De hecho, en la década de 1960, mientras continuaba el debate sobre las razones del estancamiento, el crecimiento retornó, impulsado primero por la recuperación de la superficie sembrada y el incremento de los rendimientos y, desde la década de 1900, por la

expansión de la frontera agrícola. La tractorización y las semillas híbridas, en una primera etapa, y la siembra directa y la agrobiología, más tarde, fueron los principales motores tecnológicos de la expansión productiva del último medio siglo. La emergencia de nuevos productos como el girasol y la soja contribuyeron a expandir los mercados para las exportaciones agrícolas, dándole al sector agrario un horizonte de crecimiento que en las décadas centrales del siglo había estado ausente. En las últimas décadas, las exportaciones agrícolas argentinas recuperaron porciones de mercado en el comercio internacional.

El recuperado dinamismo exportador dio vida a nuevas relaciones productivas. Durante las décadas centrales del siglo XX, el arrendamiento había sido criticado (y desde 1943 abiertamente combatido) con el argumento de que no sólo era socialmente negativo sino también económicamente ineficiente. Esta última afirmación, sin embargo, carece de sustento empírico. El ciclo de crecimiento agrícola de los últimos cincuenta años (sobre todo en sus momentos más dinámicos) dependió en gran medida de la expansión de sistemas de acceso al suelo basados en la escisión entre propiedad y gestión. Al igual que en la etapa de expansión exportadora que se extendió hasta 1930, el arrendamiento contribuyó a otorgarle dinamismo a la estructura productiva, atenuando las restricciones que la propiedad impone al uso del suelo.

El avance de la agricultura fundada sobre el arrendamiento en gran escala ha contribuido a forjar un nuevo empresariado. Pese a su renovado dinamismo, la capacidad de este actor para impulsar a la agricultura argentina a un estadio superior de desarrollo no puede darse por sentada. Al igual que en el período 1870-1930, el crecimiento de las últimas décadas depende en primer lugar de la expansión de la frontera productiva y la innovación tecnológica surgida fuera del campo. Visto en perspectiva histórica, ciertas novedades merecen destacarse. La expansión de la frontera agrícola, al atenuar la división entre la región pampeana y el interior extrapampeano, ha ampliado considerablemente la base regional, tanto económica como política, sobre la que se apoya la agricultura exportable. Y ello sucede cuando el atractivo de las políticas públicas que privilegian a la manufactura volcada sobre el mercado interno, y promueven su crecimiento, con excedentes generados en el sector agrario de exportación, se ha visto reducido. Aún si la industria y las actividades volcadas sobre el mercado interno continúan siendo primordiales, éstas son crecientemente percibidas no como antagónicas sino como compatibles con el desarrollo de un perfil agro-exportador. Finalmente, la emergencia de un nuevo empresariado agrario, convertido en uno de los actores más dinámicos del capitalismo nacional, ha contribuido a mejorar la imagen pública del sector rural como vector de desarrollo y con ello se ha atenuado parcialmente la persistente hostilidad hacia el sector forjada durante el período de «estancamiento». Las próximas décadas revelarán si el dinamismo de las economías asiáticas permite que la expansión exportadora en curso se

prolongue en el tiempo y si la transformación en la geografía de la economía de la soja y la mejora de la imagen pública del agro sirven para darle al sector agrario exportador apoyos sociales y políticos más sólidos que los que pudo movilizar en las décadas centrales del siglo XX.

AGRADECIMIENTOS

Una versión previa de este trabajo fue presentada en la conferencia «Argentine ‘Decline’ Reconsidered», Latin American Centre, Universidad de Oxford, 11 de noviembre de 2011. Agradezco los comentarios recibidos en esa ocasión, en particular los de María Alejandra Irigoin y Colin Lewis. Así mismo, quisiera agradecer las sugerencias de los evaluadores anónimos de la revista *Historia Agraria*.

REFERENCIAS

- ADELMAN, J. (1994): *Frontier Development. Land, labour, and capital on the wheatlands of Argentina and Canada, 1890-1914*, Oxford, Clarendon Press.
- BARSKY, O. y DÁVILA, M. (2008): *La rebelión del campo*, Buenos Aires, Sudamericana.
- BARSKY, O. y DJENDEREDJIAN, J. (2003): *Historia del capitalismo agrario pampeano. Tomo I. La expansión ganadera hasta 1895*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- BARSKY, O. y GELMAN, J. (2001): *Historia del Agro Argentino. Desde la Conquista hasta fines del siglo XX*, Buenos Aires, Mondadori.
- BARSKY, O. (1998a): «Reflexiones sobre las interpretaciones de la caída y expansión de la agricultura pampeana», en BARSKY, O. (ed), *La agricultura pampeana. Transformaciones productivas y sociales*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, pp. 10-28.
- BARSKY, O. (1998b): «La caída de la producción agrícola en la década de 1940», en BARSKY, O. (ed), *La agricultura pampeana. Transformaciones productivas y sociales*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, pp. 31-112.
- BISANG, R., ANLLÓ, G. y CAMPI, M. (2008): «Una revolución (no tan) silenciosa. Claves para repensar el agro en Argentina», *Desarrollo Económico*, 190-191, pp. 165-207.
- BISANG, R. (2007): «El desarrollo agropecuario en las últimas décadas: ¿volver a creer?», en KOSACOFF, B. (ed), *Crisis, recuperación y nuevos dilemas. La economía argentina 2002-2007*, Buenos Aires, CEPAL, pp. 187-260.
- BISANG, R., GUTMAN, G., LAVARELLO, P., SZTULWARK, S. y DÍAZ, A. (comp) (2006): *Biotecnología y desarrollo. Un modelo para armar en la Argentina*, Buenos Aires, Prometeo.

- BISANG, R. (2003): «Apertura económica, innovación y estructura productiva: La aplicación de la biotecnología en la producción agrícola pampeana argentina», *Desarrollo Económico*, 171, pp. 413-442.
- BULMER THOMAS, V. (1994): *An Economic History of Latin America*, Cambridge, Cambridge University Press.
- CADENAZZI, G. (2012): «El estancamiento del agro argentino y el mercado mundial. De la Gran Depresión a la Segunda Guerra Mundial», *Historia Agraria*, 57, pp. 79-104.
- CAMPI, M. (2008): *Cambios históricos en la frontera agraria pampeana. La tecnología y el uso de la tierra*, Tesis de Maestría en Investigación Histórica, Universidad de San Andrés.
- CEPAL (1959): *El desarrollo económico de la Argentina*, México, Naciones Unidas.
- CONTE, A. S. et al. (2012): «Oleaginización de la agricultura argentina», *La Argentina en mapas. Evolución de la agricultura*, Instituto Multidisciplinario de Historia y Ciencias Sociales, CONICET <http://www.laargentinaenmapas.com.ar>
- CORTÉS CONDE, R. (1979): *El progreso argentino*, Buenos Aires, Sudamericana.
- CRAVIOTTI, C. y GRAS, C. (2006): «De desafilaciones y desligamientos: trayectorias de productores familiares expulsados de la agricultura pampeana», *Desarrollo Económico*, 181, pp. 117-134.
- DEL BELLO, J. C. (1988): «Difusión de plaguicidas y estructura de la oferta», en BARSKY, O. (ed), *La agricultura pampeana. Transformaciones productivas y sociales*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, pp. 212-231.
- DEL BELLO, J. C. (1991): «Difusión de fertilizantes», en BARSKY, O. (ed), *El desarrollo agropecuario pampeano*, Buenos Aires, INDEC/INTA/IICA, Grupo Editor Latinoamericano, pp. 695-718.
- DJENDEREDJIAN, J. (2008): *La agricultura pampeana en la primera mitad del siglo XIX*, Buenos Aires, Universidad de Belgrano/Siglo XXI.
- DÍAZ ALEJANDRO, C. F. (1970): *Essays on the Economic History of the Argentine Republic*, New Haven, Yale University Press.
- ESCODÉ, C. (1983): *1942-1949, Gran Bretaña, Estados Unidos y la declinación argentina*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano.
- FERRERES, O. J. (dir) (2005): *Dos siglos de economía argentina (1810-2004). Historia argentina en cifras*, Buenos Aires, Fundación Norte y Sur.
- GERCHUNOFF, P. y LLACH, L. (1998): *El ciclo de la ilusión y el desencanto*, Buenos Aires, Ariel.
- GIARRACCA, N. y GRAS, C. (2001): «Conflictos y protestas en Argentina de finales del siglo XX con especial referencia a los escenarios regionales y rurales», en GIARRACCA, N. (comp), *La protesta social en Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país*, Buenos Aires, Alianza, pp. 117-142.

- GUTIÉRREZ, M. (1991): «Políticas en genética vegetal», en BARSKY, O. (ed), *El desarrollo agropecuario pampeano*, Buenos Aires, INDEC/INTA/IICA, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, pp. 669-694.
- HALPERIN DONGHI, T. (1986): «The Argentine Export Economy: Intimations of Mortality, 1894-1930», en DI TELLA, G. y PLATT, D. C. M. (eds), *The Political Economy of Argentina, 1880-1946*, Oxford, Oxford University Press, pp. 25-37.
- HERNÁNDEZ, V. A. (2007): «El fenómeno económico y cultural del boom de la soja y el empresariado innovador», *Desarrollo Económico*, 187, pp. 331-365.
- HORA, R. (2010a): *Historia económica de la Argentina en el siglo XIX*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- HORA, R. (2010b): «La crisis del campo del otoño de 2008», *Desarrollo Económico*, 197, pp. 81-111.
- HORA, R. (2001): *The Landowners of the Argentine Pampas: A Social and Political History*, Oxford, Oxford University Press.
- HORA, R. (1994): «Un aspecto de la racionalidad corporativa de la Sociedad Rural Argentina: el problema de la agricultura (1866-1930)», *Boletín del Instituto Ravignani*, 10, pp. 31-59.
- La Argentina en mapas. Evolución de la agricultura*, Instituto Multidisciplinario de Historia y Ciencias Sociales, CONICET <http://www.laargentinaenmapas.com.ar>
- LLACH, L. (2006): *Argentina y el mercado mundial de sus productos*, Buenos Aires, CEPAL.
- LLACH, J. J., HARRIAGUE, M. y O'CONNOR, E. (2004): *La generación de empleo en las cadenas agroindustriales*, Buenos Aires, Fundación Producir Conservando.
- LLOVET, I. (1988): «Tenencia de la tierra y estructura social en la provincia de Buenos Aires», en BARSKY, O. (ed), *La agricultura pampeana. Transformaciones productivas y sociales*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, pp. 249-294.
- LÓDOLA, A. (2008): *Contratistas, cambios tecnológicos y organizacionales en el agro argentino*, Buenos Aires, CEPAL.
- MÍGUEZ, E. (2008): *Historia económica de la Argentina. De la conquista hasta la crisis de 1930*, Buenos Aires, Sudamericana.
- MINISTERIO DE AGRICULTURA, GANADERÍA Y PESCA, *Sistema Integrado de Información Agropecuaria*, <http://www.siiia.gov.ar/>
- MUNDLAK, Y., CAVALLO, D. y DOMENECH, R. (1989): *Agriculture and economic growth in Argentina, 1913-1984*, International Food Research Policy Institute, Research Report 76.
- NEIMAN, G. (dir) (2010): *Estudios sobre la demanda de trabajo en el agro argentino*, Buenos Aires, CICCUS.
- NOVICK, S. (1986): *IAPI: Auge y decadencia*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

- OBSCHATKO, E., SOLÁ, F., PIÑEIRO, M. y BORDELOIS, G. (1984): *Transformaciones en la agricultura pampeana: algunas hipótesis interpretativas*, CISEA, Documento de Trabajo n.º 3, Buenos Aires.
- OECD-FAO (2007): *Agricultural Outlook 2007-2016*, Agriculture and Food, OECD.
- OESTERHELD, M. (ed) (2005): *La transformación de la agricultura argentina*, número especial de Ciencia Hoy, 87.
- POSADA, M. y MARTÍNEZ DE IBARRETA, M. (1998): «Capital financiero y producción agrícola: los «pools» de siembra en la región pampeana», *Realidad Económica*, 153, pp. 112-135.
- REBORATTI, C. (2006): «La Argentina rural entre la modernización y la exclusión», en Geiraiges de LEMOS, A. I., ARROYO, V. y SILVEIRA, M. L. (eds), *América Latina: ciudad, campo e turismo*, San Pablo, CLACSO, pp. 175-187.
- RECA, L. (2006): «Aspectos del desarrollo agropecuario argentino, 1875-2005», Buenos Aires, *Anales de la Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria*, http://www.anav.org.ar/trabajos_publicados/4/reca.pdf
- REGÚNAGA, M., FERNÁNDEZ, S. y OPACAK, G. (2003): *El impacto de los cultivos genéticamente modificados en la agricultura argentina*, Buenos Aires, Fundación Producir Conservando.
- SABATO, H. (1989): *Capitalismo y ganadería en Buenos Aires: la fiebre del lanar, 1850-1890*, Buenos Aires, Sudamericana.
- SCOBIE, J. (1968): *Revolución en las pampas. Historia social del trigo argentino. 1860-1910*, Buenos Aires, Ediciones Solar.
- SENIGAGLIESI, C. (2003): «Desarrollo de la siembra directa en la Argentina», *Anales de la Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria*, 57, pp. 98-105.
- SERRANO, R. y PINILLA, V. (2010): «Causes of world trade growth in agricultural and food products, 1951-2000: a demand function approach», *Applied Economics*, 21, pp. 3503-3518.
- SESTO, C. (2005): *Historia del capitalismo agrario pampeano. Tomo II. La vanguardia ganadera bonaerense, 1856-1900*, Buenos Aires, UB-Siglo XXI Editores.
- SOLBRIG, O. (2004): «Ventajas y desventajas de la agrobiotecnología», en BÁRCENA, A., KATZ, J., MORALES, C. y SCHAPPER, M. (eds), *Los transgénicos en América Latina y el Caribe: un debate abierto*, Santiago de Chile, CEPAL, pp. 33-69.
- STEIGER, C. y FEENEY, R. (2009): «Características del productor argentino y modalidades de comercialización», *Revista de Bolsa de Comercio de Rosario*, Rosario, 1510, pp. 32-37.
- TEUBAL, M. (2003): «Soja transgénica y crisis del modelo agroalimentario argentino», *Realidad Económica*, 196, pp. 52-74.
- TRIGO, E., CHUDNOVSKY, D., CAP, E. y LÓPEZ, A. (2002): *Los transgénicos en la agricultura argentina. Una historia con final abierto*, Buenos Aires, IICA/Libros del Zorzal.

WORLD TRADE ORGANIZATION (1962): International Trade Statistics 1900-1960, http://unstats.un.org/unsd/trade/imts/historical_data.htm.

WORLD TRADE ORGANIZATION (2001): International Trade Statistics 2001, http://www.wto.org/english/res_e/statis_e/its2001_e/its01_toc_e.htm.

WORLD TRADE ORGANIZATION (2011): International Trade Statistics 2011, http://www.wto.org/english/res_e/statis_e/its2011_e/its11_toc_e.htm.